

PASOS EN LA NOCHE.

Nabetse

Habían pasado cinco minutos desde que salí de la oficina. Bajé las escaleras, cauteloso, como ya era acostumbrado en mí. Vigilando cada esquina del pasillo. Evité el ascensor, como cada día. No soportaba los espacios cerrados, asfixiantes. El calor en el aparato elevador se hacía irrespirable, insufrible. No podía, ni siquiera, imaginarme la idea de verme a mí mismo sepultado bajo esas cuatro paredes de madera, viendo mi imagen reflejada en el enorme espejo que presidía el ascensor nada más entrar. Los chasquidos del fluorescente intentando apagarse me ponían enfermo. El sonido avisando cada vez que rebasaba un nivel. Ese era el motivo de bajar las siete plantas, que separaban mi oficina de la calle, por las escaleras. Despacio. Doblando cada chaflán como si fuera el último. Sudando. Con los puños cerrados.

-¿Qué tal Ramón? -me preguntó el contable de la planta tercera-

-Bien -respondí sin levantar la mirada-

Era buena persona; aunque un poco seco. No me ofrecía confianza. A pesar de conocerlo durante más de diez años todavía no habíamos compartido un café juntos.

Continué bajando las escaleras y me paré en la esquina de la planta segunda, esperando ver pasar las dos oficinistas de la “rue du soleil”, como eran conocidas. Unas increíbles preciosidades a las que el jefe de personal escogía más por sus sinuosas siluetas que por su capacidad de trabajo. Me hacían sonrojar tanto las muy ladinas que mi cara se amorataba hasta casi estallar. Ellas se reían a carcajada limpia. Las podía oír incluso antes de llegar yo. Me esperaban.

-Venga chica que ya baja Ramón -se decían una a la otra-

Se arremolinaban entre la escalera y el ascensor y sabían que era de obligado paso el circular ante ellas. Reían y reían hasta desgañitarse.

-Ramónnnnnn -gritaban las muy cerdas-

Las ocho de la tarde, la peor hora del día. El momento de transitar ante esas insolentes y engreídas que se burlaban de mi vergüenza enfermiza, mi misoginia exacerbada.

¡Cómo las odiaba! Había soñado infinitas veces en bajar armado con una escopeta de caza, de dos cañones negros como los ojos del diablo. Me veía a mí mismo disparando a bocajarro contra aquellas arpías de ojos achinados, de faldas cortas, de moral inexistente. Ellas eran guapas, claro. Lo tenían todo y se burlaban de quien no tenía nada. Las odio, las odio, las odio, repetía en voz baja, murmurando. En alguna ocasión, las menos, me había visto quemándolas. Vertía una garrafa de cinco litros sobre ellas para después prenderlas con una cerillas mientras las llamas chamuscaban toda la planta. Otras veces fantaseé con rebanarles el cuello con un cuchillo de cocina y luego descuartizarlas hasta hacerlas en cachitos tan pequeños que cupiesen en unas cuantas cajas de zapatos.

-Son encargos de la planta cinco -diría a quien me encontrara en el camino-.

La planta cinco era la sección de zapatería. Nadie sospecharía de un trabajador que portara una carretilla llena de cajas de zapatos. Lo que no se imaginaría quien me viera es que dentro iban las dos brujas de la planta dos. Ya no reían. Callaban y en su silencio se apreciaba que era yo el que había ganado. Nunca más burlado. Nunca más ser el centro de las mofas de esas diablesas de la planta segunda.

Luego abandonaba esas ideas tan horribles y pensaba que tampoco había para tanto. Si no puedes vencerlos únete a ellos, dice una máxima sabia. Ya lo había pensado también, acostarme con las dos a la vez. Me veía a mí mismo retozando en una cama de la planta cuatro, la de muebles del hogar. Primero se desnudaban entre ellas, hacían los juegos preliminares. Más tarde entraba yo en acción, como el sultán de un harem al que todas veneran. Más, más, me dirían entre sollozos. Este último sueño se desvanecía en el mismo momento que las dos me veían desnudo y se pitorreaban del tamaño de mi miembro.

-¡Malditas! -gritaba-. Algún día me las pagareis. Compensareis con creces el sufrimiento al que me habéis sometido. A las tardes dolorosas en que no veía llegar la hora de bajar las escaleras. A los cambios de horario obligándome a salir a la calle a las doce de la noche, la hora en que ellas ya no estaban.

Ya había conseguido sortear la segunda planta, la peor de todas. Estaba en la calle y había iniciado la marcha hacia mi casa. Deprisa. Me fijé en el bar de la esquina: El Dorado. Un garito de mal agüero donde se entrometían los muchachos de la oficina a homenajearse diariamente con grasientos desayunos. Incluso ahora, a medianoche, me parecía oler los huevos fritos con beicon. Que asco. Esa era mi penitencia diaria: circular por estas calles a medianoche. Fue el único modo que encontré de no tener que cruzarme

con las mujeres de la segunda planta y soportar entre sonrojos y enojos sus gritos y sus risas.

Mi psiquiatra me dijo que tenía que enfrentarme a mis miedos para vencerlos.

-Eso está bien -le repliqué- para el miedo a las alturas. Cada día una planta más, cada día unos cuantos escalones. En una semana asomarse al balcón. En un mes viajar en avión... Pero ¿cómo me enfrento a dos mujeres que me tienen atemorizado?

-Pero el miedo está en su cabeza -me dijo el psiquiatra-. Esas chicas no son peligrosas. No le van a hacer nada. Solamente es su presencia la que le horripila...

Aquella conversación con el médico no hizo más que darme ideas. «¿Y si me deshago de ellas?», pensé una tarde cuando el reloj del pasillo marcaba las ocho.

Había llegado la hora de salir, antes de que se me ocurriera la idea de hacerlo a medianoche, y esa era la peor hora del día, cuando mi mente no razonaba como lo hacía normalmente. Entonces, terminar con el problema no me parecía mala idea, fuese como fuese.

«Muerto el perro se acabó la rabia», repetía mi inconsciente.

Yo me tapaba los oídos y trataba de entonar algún canturreo para no oír a mi cerebro dándome órdenes. No servía de nada, la frase seguía repitiéndose sola sin parar. No sé, era extraño, pero cuando más pensaba en deshacerme de ellas más tranquilo me encontraba. Con los días pasó a ser una terapia, y cuando se acercaba la hora de finalizar mi jornada y bajar a la calle atravesando la planta segunda, una hora antes ya pensaba en como terminar con la vida de las dos mujeres que tanto me habían atormentado este último año. Me apaciguaba el verlas en mi imaginación gritando para pedir perdón por haberse sobrepasado conmigo.

Hubo una semana, hace ya bastante tiempo, en que concebí juntarme con ellas, es decir, quedar con alguna o con las dos a tomar una copa después del trabajo, a ser posible un viernes. La verdad es que eran guapas y en alguna ocasión había fraguado la idea de casarme con la más alta, Begoña. Después y casi de forma automática, mi subconsciente volvía a darme un toque de atención y me advertía de la posibilidad de que se riera en mi cara de mi ofrecimiento. De ninguna de las maneras podía tolerar semejante agravio. Nada de eso.

Ya había llegado a la esquina de la calle Marzo cuando sentí los pasos. Dios mío, otra vez no, me

dije. Aceleré la marcha y crucé la acera de lado a lado. No había nadie. Pasé por un grupo de cubos de basura y deseé ver algún gato. Uno sólo hubiera sido suficiente para no encontrarme solo. La sombra de la pared me hizo paralizarme. Únicamente sentía los latidos de mi corazón. Los escuchaba desde el cuello hasta las muñecas. La espalda empapada en sudor. Dios mío, repetí, ahora que había solucionado lo de la planta segunda, ocurría esto. Nunca podría estar tranquilo. Era como si las almas en pena regresaran del otro lado del averno para desazonarme, afligirme dentro de mi locura y recordarme lo que había hecho. Grité. Grité tan fuerte que hasta uno de los gatos, que creía ausente, saltó de un cubo y se agarró con las uñas en la tapia que bordeaba el parque. El único semáforo que daba luz a la calle, parpadeó un instante y enseguida se puso en ámbar. Había un brillo característico en la acera, una fosforescencia producida por el resquicio de una inapreciable lluvia. Era la humedad del mar, tan próximo y tan distante al mismo tiempo. Escuché el sonido de unas aletas chapoteando el agua y me imaginé a una especie de horrible monstruo, mitad tiburón, mitad hombre, que habría surgido del fondo del océano para buscar venganza. Algún dios desafiante le daría carta blanca para desguazarme y arrojarme al mar para ser pasto de los engendros abisales.

Corrí por entre calles donde no había transitado nunca. Pasaron ante mis ojos portales oscuros, de donde asomaban ojos en la lobreguez de los rellanos. El repiqueteo de las aletas no cesaba y cada vez era más próximo, más cercano. Al cruzar uno de los semáforos en verde, vi su reflejo a través de un espejo redondo, colocado allí para que los coches vieran el cruce antes de incorporarse a la carretera. Me quedé petrificado, inmóvil. Mi corazón palpitaba como si de una locomotora se tratara. De no remediarlo estallaría. Me acordé de mi psiquiatra.

«Hay que enfrentarse a los miedos», me decía.

Que sencillo es aconsejar sobre la guerra cuando no se está en el campo de batalla. Hacía mucho calor. La camisa se me pegaba al cuerpo como si me la acabara de poner, recién salido de la ducha. Levanté los ojos otra vez. Ya no estaba.

No me alegré para nada de no ver su reflejo en el espejo. Al contrario, llegué a pensar que si estuviera allí, por lo menos lo tendría controlado. No verlo no era buena señal, ahora ya no sabía donde se encontraba. Podría saltar sobre mí en cualquier momento y despedazarme con esa enorme mandíbula de dientes afilados. Pisotearme con las aletas. Lo enviaron las mujeres de la planta segunda. Lo convencieron

para que me aniquilara. Primero se acostaron con él y le dejaron disfrutar de sus sexos. Luego, una vez saciado le dijeron:

«¿Tienes hambre?»

Él asintió con la cabeza y le soplaron al oído donde me podía encontrar.

«A las doce de la medianoche sale Ramón a la calle», le dijeron.

Ya no tenía horas en las que huir, ya no sabía cuando podía salir de la oficina. Era espantoso encontrarse así: preso. Escuché unas risas, carcajadas en la noche. Salían de todas las bocacalles, de las ventanas de las casas abandonadas, de las alcantarillas. Se mezclaron con el chapoteo de las aletas del tiburón que me acechaba desde la calle Marzo. Las reconocí enseguida, eran las mujeres de la segunda planta. Oí los murmullos de muchas personas hablando al mismo tiempo. Sinuosas. Me sentía cansado y tuve que reposar en uno de los cruces. Era el lugar más seguro, desde donde podía vigilar las cuatro esquinas al mismo tiempo. Si salgo de esta, juro que nunca más volveré a dejar la oficina a las doce de la noche. Prefería enranciarme por la segunda planta a las ocho, que pasar por esto a las doce. Estaba perdido, no conocía la zona y levanté los ojos para leer el nombre de la calle.

«Calle Morgue»

Estallé en una estridente carcajada que resonó por toda la calle. El semáforo parpadeó un par de veces del ámbar al amarillo, antes de ponerse en rojo. Busqué el número de la calle.

«Trece»

A través del reflejo del letrero, donde estaba cincelado el nombre de la calle, vi otra vez al monstruo. Me giré. Tenía que enfrentarme a él o nunca podría salir de la oficina a las doce de la noche. Ya no había más solución. Salté la acera. El chasquido de mis botas me dijo que la lluvia había cuajado y observé los charcos. En ellos también veía el reflejo del ser horrible que me seguía noche tras noche desde la oficina hasta mi casa. Me acerqué a él. Con miedo pero con agallas. Era más lo que ganaba que lo que perdía. Antes morir que vivir así, atormentado. Miré con ojos de furia la imagen que reflectaba desde el interior del cenagal. El barro se mezclaba con el aceite de los coches y formaba una balsa con figuras redondas. No era posible. No tenía que creer lo que mis ojos veían. El monstruo quería engañarme. Ambicionaba que yo creyera que el engendro era yo, que yo era esa horrible figura que cada noche me seguía por entre las calles de la solitaria ciudad, por las esquinas, chapoteando en los charcos, ese del que

se reían las mujeres de la segunda planta, mofándose cada vez que me veían bajar las escaleras, arrinconándome entre los percheros de la sección de ropa femenina y rociándome la cara con sprays de laca.

-Monstruo, monstruo, monstruo... -gritaban-

Todos los clientes y dependientes de la planta se acercaban hasta donde estaba yo. Me miraban. Con sus manos frías me tocaban la cara y entonces yo hacía aspavientos imposibles para sacármelos de encima. No podía respirar y tenía la boca llena de saliva. De no remediarlo alguien terminaría por ahogarme en mi propio vómito. Cerré los ojos un instante. Un lapso diminuto de tiempo. Hice como los niños de corta edad que esconden la mirada ante el miedo. Rehuí hacerle caso a mi psiquiatra, esquivé el miedo en vez de enfrentarme a él.

Primero fue una bofetada, sonora, pero débil. Luego dos. Finalmente me agarró por la camisa hasta casi romperla.

-Ramón, Ramón... -gritaba-

Abrí los ojos de nuevo. Estaba allí, delante de mí. Era Jacinto, el vigilante del centro comercial. A su lado un rottweiler del tamaño de un toro de lidia. Me olisqueó la cara.

-¿Te encuentras bien Ramón? -me preguntó-

Me había quedado dormido. Cerré la caja a las ocho, como cada día. No quise bajar a la calle para evitar a las mujeres de la segunda planta. Me senté en un sofá de la sala de espera. Estaba sudando y Jacinto me acercó un vaso de agua.

-¿Quieres que llame a alguien?

-No es necesario ¿qué hora es?

-Es más de la una -respondió-

-Me quedé dormido...

-Tranquilo -me interrumpió- no pasa nada. El perro me avisó de que había alguien en la sala de espera. ¿Te acompaño a casa?

-No hace falta, no te preocupes. Iré dando un paseo.

Nunca más esperar hasta las doce, me dije a mí mismo. La pesadilla me había enseñado que debo

salir a mi hora y evitar preocuparme por las chicas de la segunda planta. Si miran, que miren. Si me quieren decir cosas, que me las digan. Si se ríen, que se ríen. Mi fobia social debía vencerla a base de terapia de choque, de enfrentarme a ella. Sería mejor hacer caso a mi psiquiatra y luchar contra mis miedos. Me despedí del vigilante y bajé por el ascensor hasta el vestíbulo.

-Desde aquí te abriré la puerta -me dijo-.

Ya estaba saliendo del ascensor cuando vi como las puertas de cristal se desplazaban hasta abrirse de par en par. Hacía una magnífica noche de marzo. Sin viento y con una temperatura soportable. Inicié la marcha destino a mi casa. Anhelaba meterme dentro de mi cama y descansar del incómodo sofá de la sala de visitas.

Caminé por la acera silbando. Feliz. Estaba seguro de que mañana habría solucionado parte de mis miedos. Era horrible vivir siempre asustado. La pesadilla que tuve antes me había ayudado más de lo que yo creía. Más incluso que mi psiquiatra. Una vez más se ponía de manifiesto la supremacía del hombre sobre las máquinas. Mi propio subconsciente había ideado un sistema de prevenirme contra las fobias a través de los sueños.

Un ruido me distrajo. El chapoteo en los charcos. Mi corazón se aceleró hasta casi salir del pecho. No podía ser. Me detuve. Contuve la respiración unos segundos, los suficientes como para oír que alguien me seguía. Hay que enfrentarse a los miedos, me dije. Me giré rápidamente. Vi la sombra de un monstruo de refilón, justo antes de que se escondiera en un charco. Salí corriendo de allí. Los pasos me seguían. Supe en ese instante que nunca me iba a deshacer de ellos, que siempre me perseguirían fuera donde fuera... siempre.